

Helenismo y latinidad en la poesía de Tibulo

SEBASTIÁN MARINER BIGORRA

No ha pasado desapercibida la posible incidencia del probable descubrimiento de poemas auténticos de Cornelio Galo en la cuestión planteada en el título de este trabajo: ¿cuál es el papel que corresponde personalmente a Tibulo en el pretendido gran cambio de orientación de la poesía elegíaca latina frente a la helénica, y aun helenística, a saber, de “objetiva” —expositora de sentimientos ajenos, generalmente de personajes mitológicos y por modo docto— en “subjetiva” —cantora de los del propio autor, confiados en los clásicos modelos indicados a otros géneros (lírica, epigrama, etcétera)—? Por supuesto que es de lamentar que el imperativo de las fechas haya impedido que pudiera tomarlo en consideración una de las últimas monografías sobre el poeta: un mismo año —1979— veía la aparición de “*Tibullus. A Hellenistic poet at Rome*”, de F. Cairns en Cambridge, y del vol. 69 del *Journ. of Rom. Studies* (¡en la propia Inglaterra, pues!, en cuyas págs. 125-155 R. D. Anderson, P. J. Parsons y R. G. M. Nisbet publicaban los ahora ya célebres versos del papiro de Qasr Ibrim y adelantaban su atribución a Galo. Y tanto mayor la lamentación cuanto que, precisamente en la última parte de su libro (pp. 214 y sigs.), Cairns se ocupa de esa misma cuestión del origen de la elegía subjetiva. Pero Galo no pudo ser presentado más que como uno de los posibles intermediarios entre los neotéricos y Tibulo.

En cambio, nada sería de lamentar en el presente sentido, si se adopta una postura negativa respecto a la indicada atribución. Tampoco ha faltado quien lo ha hecho.¹ Pero no parece que esta ac-

¹ Destaca entre los impugnadores J. Giangrande, “An Alleged Fragment of Gallus”, *Quad. Urbin. Cult. Class.*, 34 (1980), 141 ss.

titud crítica frente a la asignación sea mayoritaria —ni mucho menos— en la relativamente abundante bibliografía que desde aquella primera publicación del rollo papiráceo se ha producido en los escasos tres años siguientes.² Para decirlo con palabras de un autor no incluido en la aludida en la última nota, M. Fernández Galiano: ³ “¡Versos, por fin, de Galo! Porque su autoría es indudable: Licoris aparece en ellos; la lengua es la que sería de esperar en tal escritor...”

Aun sin llegar, pues, a la indubitabilidad, parece que la alta probabilidad es resolver la que he podido decir que en 1979 todavía podría haberse intitulado “La incógnita de Galo” en la solución del problema de originalidad en el cambio de orientación aludido. De hecho —y como ya quedó avisado en el comienzo—, los dos autores reseñados en la nota 2 no han dejado de llamar la atención sobre lo que Galo puede haber representado en una innovación de tanta monta en la historia del género, desde la propia literatura latina hasta las que de ella lo han continuado y ampliado. Naturalmente, no extrañará, a buen seguro, que —enfocados los dos respectivos trabajos a una concienzuda presentación de los fragmentos —la indicada incidencia figure sólo entre los corolarios de ambos artículos. En ello pretende diferenciárseles osadamente éste: en centrarse justamente, con todas las precauciones debidas al problema de autoría y al carácter muy fragmentario de lo hallado, en cuál sería la situación de Galo entre la serie enumerable desde los modelos helenísticos de los neotéricos en la poesía erótica y los neotéricos mismos, y la presencia de una gran elegía amorosa personal, patente entre los augústeos: ¿más cerca de éstos, en cuyo caso bien podría corresponderle la gloria de ser él el gran innovador? O ¿todavía más cerca de un Catulo pensado como elegíaco docto en los epilios de fondo mitológico, y subjetivo sobre todo en los pequeños poemas —“nugae”, para el autor— de corte más bien epigramático que “grandemente” elegíaco?

A medida que se leía, se reconocía el planteamiento típicamente

² V. las notas 1 y 3, respectivamente, de A. Barchiesi, “Notizie sul nuovo Gallo”, *Ath. & Rom.*, N.S. 26 (1981) 153-166 y F. Graf, “Die Gallus-Verse von Qasr Ibrim”, *Gymnasium* 89,1-2 (1982), 21-36.

³ “Un hallazgo sensacional en Nubia: versos nuevos de Cornelio Galo”, *Rev. Bach.* cuad. monogr. 6, Madrid, 1980, 3-10.

rostagniano de la cuestión. Y sí: la intención de estas páginas es la muy modesta de sumar ahora posibles datos literales a la que en 1953 no podía ser más que intuición de entendido en la materia, a la hora de debatir el problema que Rostagni mismo planteaba en su contribución a los *Entretiens de la Fondation Hardt*.⁴ Es verdad que, por muy renovador que se suponga su enfoque para el momento en que se produjo, difícilmente podría pretenderse que siga siendo válido en toda y en su misma extensión. De hecho, no lo voy a pretender. Mucha pervivencia le auguraba, esto sí, lo favorable del debate que siguió a su exposición; pero no puedo ignorar que durante los años transcurridos se le han podido formular objeciones que entonces no se tuvieron a mano. Por lo que supone lo reciente de la fecha y la calidad de helenista del autor, me parece oportuno aducirlas precisamente de pluma de C. Miralles, de quien cabe decir que ha hecho un replanteamiento poco menos que general de la cuestión —por lo menos, tan global como lo fue en su día el de Rostagni— al ocuparse del c. 68 de Catulo, según se desprende ya del expresivo título: *Lectura i lloc del carmen 68 catul —lià en la Història del' elegia antiga*.⁵ Esta pieza, que el propio autor considera excepcional en el *liber* y “remarcable per la complexitat de la seva estructura”, le da pie para remontarse, en el ámbito a que alude en la segunda parte del indicado título, a la discusión Jacoby —Leo, a la que lealmente Rostagni atribuía ya el punto de partida de su enfoque, coincidente con el del primero de los dos grandes citados. Pero, no obstante la exhaustividad del examen y la independencia de puntos de mira, el gran cono-

⁴ Publicados tres años después como volumen II de la serie, con el título global *L'influence grecque sur la poésie latine, de Catulle à Ovide*, Vandoeuvres-Ginebra, 1956. La contribución del Prof. Rostagni, *L'influenza greca sulle origini dell'elegia erotica latina*, en sus pp. 59-82; el coloquio subsiguiente, en las pp. 83-92. Sin salirme del propio volumen, propongo que se reconozca que su misma configuración resulta ser, indirectamente, también una ayuda para el presente intento, dado que todos los grandes augústeos, además de Catulo, fueron objeto de sendas ponencias especiales, a excepción de Tibulo, subsumido en la citada de Rostagni, dedicada a los orígenes de la elegía amorosa latina en general. Cierto es que ello, por un lado, no hace sino destacar el papel de protagonista que esta exclusividad le atribuye en dichos orígenes; pero también lo es que así prácticamente todo lo referente a Tibulo pende del papel que en el conjunto le asignara Rostagni. Ello legitima —me figuro—, que también aquí se pueda partir, en principio, de aquella opinión.

⁵ *Anuario de Filología*, 6 (1980), 73-91.

cimiento de los avances en la penetración de la elegía alejandrina que Miralles posee no parece remover, con respecto a su carácter más bien objetivo, los pilares con que había reforzado Rostagni a Jacoby en este tramo de la trayectoria de su pensamiento, que me parece poder concretar sin infidelidad en los siguientes puntos:

- 1º un análisis detallado de las noticias acerca de títulos, personajes y autores de la elegía helenística perdida permite el aserto de que incluso las piezas y hasta colecciones, que consta que algunos de estos elegíacos habían dedicado a sus amadas, eran efectivamente relatos eruditos con base mitológica, como los que ya indiqué;
- 2º un seguimiento histórico preciso autoriza a postular que no hay solución de continuidad en este comportamiento desde Calímaco y, más aún, Filitas de Cos, “cantor” de su Bítide, hasta los ya contemporáneos de los neotéricos latinos, como Partenio, que escribió una sarta de estas sagas, y sin olvidar —por la importancia que históricamente adquirió el testimonio ciceroniano de la imitación correspondiente— a Euforión de Calcis;
- 3º mitigada así la posibilidad de que la inexistencia actual de elegía grande de asunto personal entre los helenísticos se deba a falta de transmisión de las obras, la explica hasta presentarla como natural, dadas las ideas estéticas imperantes desde Platón y Aristóteles sobre el papel del poeta, destinado a cantar *mýthous all’ óu lógous*, lo que, en el caso de la producción amorosa, la enfila hacia el epilio mítico;
- 4º una tal justificación teorizante queda, inmediatamente, encuadrada en una visión mucho más amplia del subjetivismo en general en la poesía latina, a la que no es ajena la propia enseñanza humanística de los maestros griegos, y que tiene en un género no erótico, como es la epopeya, una demostración conspicua en Virgilio.

Sería cabalmente a partir de aquí, es decir, una vez que las consideraciones rostagnianas tocan ya “materia romana”, donde el trabajo de Miralles podría invitar a modificarlas. En lugar de admitir que la distribución sigue siendo perfecta en la obra de Catulo según he

anticipado (*nugae* breves para el amor a Lesbia y aun para el dolor por la pérdida de su hermano; *carmina* bastante más largos para los epilios mitológicos, como la “Cabellera de Berenice”), la “lectura” de Miralles reclama para el c. 68 un “lugar” especial: poema relativamente extenso y “complejo”, las dos notas personales del dolor por el hermano y por la infidelidad de la amada —que Miralles supone que no puede ser otra que la propia Lesbia—, lo constituyen en una excepción notable para la regla dicotómica profesada por Rostagni sobre Catulo y los neotéricos en general. En este punto clara está, lejos de una metodología razonable, la ilógica pretensión de que indirectamente, una tal excepción pueda confirmar la regla. Al contrario, la regla más confirmada es aquella que carece de toda excepción. Pero lejos también de pretender generalizar: se impone una distinción lo más precisa posible. Distinción que, por otro lado, tiene mucho que ver con el tema de estas líneas: el probable papel de Galo en el proceso. Para Rostagni, que no conoció del poeta sino un solo verso,⁶ insignificante al respecto, Galo era poco menos que incógnito: después de otro exhaustivo análisis de las posibles reminiscencias en Virgilio, se inclinaba más bien a pensar que la poesía de su gran amigo, por muy dedicada que fuera a Licoris (Volumnia), sería también breve en esta parte personal y “epigramática” como la de Catulo, en tanto que, si la compuso también extensa, ésta sería fundamentalmente erudita también.

Consecuencia de ello, exigida por la historia y, a la vez, por el mantenimiento de la obra en el caso de Tibulo, era la atribución a él de la originalidad en la innovación. En aras de la exactitud —y dado que ya apunté que él no hacía un estudio especial de este poeta— me parece adecuado anotarlos en términos los más parecidos a los suyos: “El programa... fue realizado... en el campo de la poesía en general por Virgilio. Y luego, en el campo especial de la elegía, y bajo la impresión de la misma sensibilidad poética virgiliana, que se expandió a todo, fue realizado por los autores sucesivos: en primer lugar, y en forma más pura y limpia que por cualquier otro, por Tibulo. El paso de la forma ásperamente mitográfica y, en cierto modo, inma-

⁶ Frg. 1, de carácter descriptivo, puramente geográfico: *uno tellures diuidit amne duas*.

dura, que era todavía propia de Galo (*durior Gallus*, dice Quintiliano), a la tiernamente lírica y subjetiva de su principal sucesor, no pudo darse sino por grados". Y, a continuación, Rostagni aprovechaba esta necesaria gradación *pro domo sua*, a saber, en favor de su hipótesis del "Tibullo minore", en el sentido de que buena parte de las piezas de autoría cuestionada que figuran en el *Corpus* son obras juveniles del propio poeta.

La precisión que he anunciado que se impone creo que presenta dos vertientes distintas, esto es, que no se inclina de modo único hacia ninguno de los dos contendientes enfrentados. En no poca parte, ello es debido a que —seguramente también por motivos de fecha— el descubrimiento de Nubia no viene aprovechado en la "Lectura" de Miralles. De aquí que lo que Galo pueda representar para él sea del mismo carácter que lo que había podido ser para la crítica anterior. Y ahí es por donde la vertiente parece inclinarse más hacia Rostagni. Me ha parecido oportuno expresarlo recurriendo al testimonio de quien no se ha planteado el problema que constituye el tema del presente trabajo, porque con ello creo que se puede ganar en imparcialidad. La impresión que los versos recién descubiertos —con mención expresa del nombre de Licoris— han causado en un lector como M. Fernández Galiano es literalmente según sigue:⁷ "El fragmento conserva restos más o menos grandes de cinco poemas, de los que eliminaremos dos... quedan... tres cortos cantos, *más bien epigramas que cortas elegías*" (destacado mío, naturalmente, y nada me cuesta confesar que por la cuenta que me trae). "Por último, en el tercer epigrama..." He aquí, pues, algo que está mucho más cerca de lo que Rostagni se figuraba de Catulo y de Galo que de Tibulo y de los restantes elegíacos mayores: cuando se trata efectivamente de obra amorosa subjetiva, las piezas de Galo han sido rotuladas por quien ningún interés mostraba en que se le pudiesen sacar inducciones comprometedoras o no de una manera que no deja lugar a dudas; no se puede decir ya más claro, puesto que se suman una expresión positiva y una exclusión negativa: *más bien epigramas que cortas elegías*. Nótese bien: no se niega que puedan haber sido elegías largas ni siquiera normales; se desaprueba, incluso, que pueda tratarse

⁷ L. c. en la nota 3.

de elegías cortas, y se prefiere decididamente darlas por epigramas.⁸

Pero —y aquí podría pasar la división de aguas de ambas vertientes— no en el sentido estrictísimo que podría sentirse tentado a otorgar a este término: por ningún lugar aparece, ni en el texto recobrado ni en los comentarios que de él han llegado a mi alcance, que estos restos de pequeños poemas hayan contenido lo que Rostagni consideraba también característicamente propio de esta poesía amorosamente subjetiva: el rasgo de ingenio —tradicional ya desde los del círculo de Lutacio Cátulo—, aun sin llegar a los efectos punzantes del *aculeus* marcialesco, ni siquiera a los efectismos catulianos —contados también los amorosos: aquel tremendo “dioses, ¡haced que (Lesbia) pueda jurar en verdad!”; o el borrar la cuenta de los besos cuando ya sube tantísimo, y así poder empezar otra vez⁹. . . Parece, pues, formulable, al menos como hipótesis de trabajo, no considerar en adelante a Cornelio Galo en el mismo lugar ocupado por Catulo dentro de los autores de obra transmitida, de una manera rigurosamente exacta; epigramático sí en la poesía de tema amoroso personal, en cuanto a forma y extensión de los poemitas, pero no en cuanto a su “forma interior” —si es lícito decirlo humboldtianamente así—: en ellos ya fluye sólo el sentimiento de ausencia y dolor por el desvío de la infiel, sobre el cual el poeta no se permite ninguna

⁸ Excusado es decir que en el mismo sentido este testimonio —que dije haber elegido por su desvinculación respecto a la cuestión aquí debatida— no sólo no es único ni subjetivo, sino que coincide con la impresión obtenida por quienes sí se plantean la incidencia e incluso con las condiciones materiales del texto. Así, por ejemplo, entre los primeros, puede leerse todo el apartado 5 y último del trabajo de Barchiesi citado en la nota 2, y la última parte del de Graf también allí mencionado. Particularmente interesante, en el primero, el rechazo que en su nota 14 opone “a la tesi centrale de” D. O. Ross, *Backgrounds to Augustan Poetry: Gallus, Elegy, and Rome*, Cambridge, 1975 —anterior al descubrimiento, por tanto— “che attribuisce a Gallo elegie narrative e lo stacca nettamente dal primo canzoniere di Propertio”. Lo que no obsta para que, tanto uno como otro, apunten también en la dirección que arriba he llamado “segunda vertiente”, con mención expresa de una exageración por parte de la visión rostagniana del alejandrismo exacerbado de Galo, cosa que hacen independientemente uno de otro y, como es natural, de Miralles ambos.

En cuanto a la seguridad material de que se trate de poemas cortos, puede verse en cualquiera de las reproducciones publicadas del papiro la presencia de signos expresos que “cortan” en el exacto número de composiciones indicado por el Dr. Fernández Galiano los dísticos elegíacos contenidos en el rollo.

⁹ Respectivamente, c. CIX, 3 y V, 11.

autotomadura de pelo, ni echa a broma —ni siquiera con humor negro— la actitud y conducta de Licoris. En este sentido, sí parece que se puede sospechar que se haya dado un paso en el proceso, y que Cornelio Galo se halle más próximo a Tibulo que a su predecesor. Una tal etapa de purificación en la sensibilidad es tanto más verosímil cuanto que el propio Rostagni había destacado el camino por donde discurre el mentado proceso de dos circunstancias muy importantes: los progresos de la introspección en Roma —como fruto, eso sí, de las escuelas filosóficas helenísticas; epicureísmo, estoicismo, pitagorismo, etc.— de manera general, y su concreción conspícuo y ejemplar en la figura de Virgilio. ¿Hará falta recordar en este momento la adscripción de Virgilio al círculo epicúreo de Filón? ¿Y reiterar la amistad del dechado del grupo lo mismo que Cornelio que con Tibulo?

Una vez en esta segunda vertiente, de admisión de que la gradación de un proceso innovador no se corresponda precisamente con sólo la obra de juventud atribuida personalmente por Rostagni a Tibulo, sino que pueda contar ya con antecedentes en la de personas diferentes del poeta —recuérdese lo sugerido por los autores citados expresamente en la nota 8—, parece que una última precisión permite incluso adecuar la excepcionalidad del c. 68 catuliano, sin desmentir su “lectura” por Miralles con la vertiente contraria, tan explícitamente mayoritaria en la obra del veronés. Todo consistiría en distinguir adecuadamente innovación de eclosión, antecedentes y gérmenes de vitalidad y plenitud. No hace ninguna falta que Tibulo haya sido a la vez el inventor y el culminador del proceso; la subjetivización de la gran elegía puede haber sido intentada ocasionalmente (¿Lucilio —tomando el término en el sentido de “poesía del sentimiento”, preferentemente amoroso—, como ya sugirió a Rostagni precisamente en el coloquio aludido el Prof. Bayet? ¿Catulo en el c. 68, según lo lee Miralles? ¿El propio Cornelio Galo en parte no recuperada de su mucho más vasta obra, según no quieren dejar por imposible ni Graf ni Barchiesi?), y no haber culminado de modo global hasta la de Tibulo. Lo cual apenas le rebajaría un ápice de su genialidad.